pag 05 Colmena.qxp 02/02/2005 21:10 PÆgina 1

LA COLMENA

El milagro de San Sebastián

Juan Cruz González

Enfermero

Me lo contó mi amigo Plácido Alejandre, con su calma pasmosa, su bondad benedictina, su socarronería castiza y antigua. Me lo contó, como se cuentan estas cosas, sentados a la frescura de la noche de julio, en el porche de su casa, mientras tomábamos cerveza sin prisa, con poco más luz que la luna, por aquello de los mosquitos y con alguna cosilla para picar.

Decía Plácido que en su pueblo, Malpartida de la Serena, al pie de la Sierra de los Argallanes y siempre a la zaga de Zalamea, durante los terribles años de postguerra, ocurrió un incendio fortuito -no podía ser de otra forma en la época- en la iglesia única en el pueblo, donde se venera a San Sebastián. Fue de tal magnitud que afectó muy mucho a la totalidad del Santo lugar y la imagen de San Sebastián quedó hecha un tizo, a pesar de la capacidad milagrera que se le atribuye, no le valió para librarse de la quema.

Don Críspulo, viejo cura superviviente a la República y a la barbarie de la Guerra Civil, se dispuso a recaudar fondos, mediante suscripción popular para la reconstrucción del templo y de la valiosa talla de San Sebastián, obra que se le imputaba, con más voluntad que fundamento, al insigne Berruguete (hijo).

En tiempos de carestía como los que se atravesaban, no podía aspirar la pequeña villa de Malpartida, ni tampoco su humilde parroquia, a una imagen de escultor de prestigio, ni siquiera de cierto renombre. La voluntad era grande pero la economía, precaria. Acordaron por tanto consultar con los vecinos del pueblo de al lado, Quintana de la Serena, capaces de esculpir la piedra como nadie, con sobrada maestría y pulso firme, a la altura de los más afamados, aunque anónimos y silenciosos en su oficio, si eran capaces de realizar tales trabajos en la roca granítica, bien pudieran hacer una obra fina, digna de una iglesia, si la talla era en madera, materia ésta más dócil y maleable que el áspero y duro granito.

Así se pensó y se hizo. Encontraron al tallista quien por un precio módico, si le aportaban la madera adecuada, por cuenta ésta de los feligreses de Malpartida, esculpiría la nueva imagen de San Sebastián. Pidió el imaginero madera de ciruelo, por ser lo suficientemente densa como para esculpir sin remilgos, lo suficientemente dura para evitar el ataque de insectos lo suficientemente noble como para permitir un acabado adecuado. Pero ¿de dónde sacarla en tierra de áridos pastos y escasa arboleda?

Vino a resolver el problema un vecino del pueblo, muy conocido de todos, que tenía una raquítica huerta, una escuálida mula y una noria de caudal contadísimo. Conocido de todos, decía, y por todos llamado "Manolo Melocotón". Tenía también, Manolo Melocotón una mano maltrecha por un disparo de arma de fuego, de la recién acabada guerra. Disparo que según cuentan las lenguas maledicentes, se propinó él mismo para librarse del peligroso frente de los Argallanes y escabullirse de la Bolsa de la Serena. El caso es que Manolo disponía de un enorme ciruelo, de tronco voluminoso y limpio, de gran porte, que consumía la mayor parte del escaso regato que proporcionaba la noria. El gigantesco ciruelo, contaba también con otra particularidad: jamás dio fruto a su dueño, jamás cuajó ni para un postre. Sólo dio sombra, que no es poco. Pero Manolo Melocotón, vio llegada la hora de la venganza y sentenció el ciruelo. Además, no encontraría ni más noble ni más santa causa. Para San Sebastián serás. Enviaron el tronco perfecto a Quintana y Manolo con las principales ramas del árbol caído fabricó un pesebre para su mula, que buena falta le hacía. Pasado un tiempo, el cantero de Quintana finiquitó el trabajo que fue entregado y remunerado según el pacto. Una vez bendecida la imagen, pasó a ocupar su lugar de privilegio en el altar mayor y casi único de la iglesia parroquial de Malpartida de la Serena. Una mañana de invierno, fría y desangelada como pocas, entró Manolo Melocotón en la iglesia y se arrodilló apesadumbrado ante la imagen de San Sebastián. Reflexionaba Manolo sobre las cosechas míseras, los escasos beneficios y las múltiples dificultades para llenar el estómago a diario. Y a modo de plegaria se dirigió a San Sebastián diciendo:

Querido San Sebastián:
del pesebre de mi mula
eres hermano carnal.
En mi huerta te criaste
mas los frutos nunca vi.
Los milagros que tú hagas
que me los cuelguen de aquí.

Y dicho esto, llevose la mano a la entrepierna y sin más se levantó, salió del templo y no volvió a él hasta que llegó el día de las alabanzas y a manos de familiares y amigos fue colocado de nuevo ante San Sebastián.

De la amistad

Vicente Robles Alonso

Enfermero

Es curioso como se desvirtúan algunas palabras con su uso cotidiano. La palabra amigo es una de ellas. Utilizamos esta palabra de manera indiscriminada, para referirnos a conocidos, personas a las que nos unen aficiones, etc.…

Si analizamos el significado de amistad podremos darnos cuenta de la carga que conlleva en sí misma.

Es un afecto personal (y por tanto surge o no de la persona de forma natural, no puede forzarse) puro y desinteresado (puro porque no implica ninguna motivación secundaria, ni hace distinción entre sexo, edad… y desinteresado porque no exige nada a cambio.

El verdadero amigo se entrega sin esperar ningún tipo de compensación) normalmente recíproco (cuando la amistad es sincera) que nace y se fortalece con el trato (obviamente el trato es necesario en un primer momento, aunque la amistad puede superar las barreras del tiempo y la distancia).

Cuenta una antigua tradición oral árabe, que en una conversación entre un padre y un hijo, éste se preciaba de contar con muchos amigos, mientras que el padre afirmaba que él solamente podía considerar amigo a una persona.

El hijo, extrañado, no concebía tanta diferencia, y comenzó a nombrar personas del entorno del padre, siendo la respuesta de éste: "Nos conocemos pero no somos realmente amigos"

El hijo preguntó:" Pero ¿Quién es entonces un amigo? "

La respuesta fue: "Aquel que te quiere y estará contigo en la bonanza y en la desdicha, apoyándote en tus buenas acciones y recriminándote las malas, pero en quién puedes confiar ciegamente.

Si quieres saber cuantos amigos tienes, toma un carnero, mátalo, introdúcelo en un saco, y acude a casa de tus amigos diciendo que has matado a un ladrón que ha entrado en el redil y necesitas su ayuda para eludir la justicia del cadí. Vuelve después y veremos cuantos dedos necesitas para contar a tus amigos".

Aquella tarde, el joven hizo lo aconsejado por su padre, y cuando volvió a casa no necesitó ningún dedo para contar a sus amigos, todos le habían cerrado las puertas, excepto el amigo del padre, que en atención a éste, le permitió entrar para poder hablar y determinar qué era lo que se podría hacer.

A Carmen Piñuela

José Ignacio Santamaría Osorio

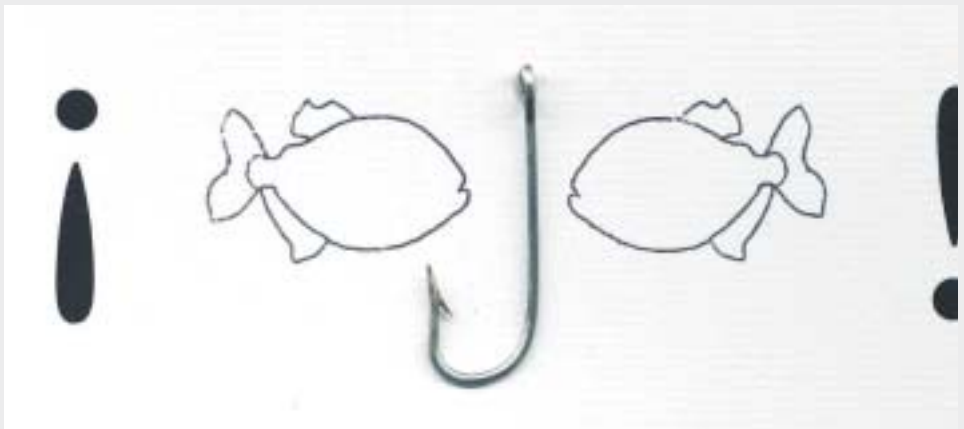
Médico

De vez en cuando la vida…, nos juega una mala pasada y la flecha del destino atravesó inesperadamente y a traición tu corazón en una noche fría y triste. Después de la primera conmoción, imposible describir la mezcla de incredulidad, dolor, miedo e indignación, llegan los días para el recuerdo y el consuelo que nos trae tu memoria permanente a la que nos agarramos porque no nos resignamos a perderte. La convivencia durante treinta años, día a día, en momentos duros, difíciles, así como tantas alegrías compartidas, nos marca y nos une de un modo diferente a la genética, pero más fuerte, por nuestra voluntad común de que así haya sido. Hemos sido un grupo de amigos y compañeros transformados en familia por lo que tenamos en común: el trabajo.

De repente, igual que tu zarpazo traicionero, hemos descubierto ¡cuánto te queríamos! Y por qué. Transmitías el calor, el afecto y la gracia de tu bahía sanluqueña. Allí se impregnó tu cabello de sol dorado, allí tus ojos se colorearon del azul del cielo y del mar, allí, fluía por tus venas el río Guadalquivir besando el océano, allí, en tu pecho hermoso y grande se quedaron los pinos del coto y el olor inconfundible del vino, de tu manzanilla. Pasaste por aquí de forma generosa, buena en tu trabajo, en el nuestro, siempre en la ayuda a todos los profesionales de la familia. ¡Cuánto te debemos!. ¡Cómo y cuánto nos enseñaste desde los veinte años de tu juventud!. ¡Cuántas horas de compañeros y cuánta compañía sentíamos, ¡cuánto esfuerzo generoso en pro del bien ajeno!. Eso si que fue solidaridad, en silencio y como si ese valor fuese algo natural en ti. Recorriste y conociste el mundo entero y seguro que allí por donde pasaste se quedó tu perfil y el de tu mundo, en alguna foto colgada de un estudio de alguien que te amó.

Ahora, cada mañana, sentimos el vacío de tu ausencia. El tiempo y la naturaleza harán poco a poco que ésta sea más soportable. Cuando algún día., de nuevo nos sonría la vida, quizás en una noche de verano y miremos al cielo, te veremos en alguna estrella con tu punto de cruz, tu cigarrillo y tu media sonrisa esperando al relevo para volver a tu bahía.

¡Ojo!

Joaquín Gómez Ferreira

Enfermero